

LA PAZ DEL CORAZON.

¡Oh grande Reina! cuán hermosos y agradables son vuestros tabernáculos! Todo respira en ellos magnificencia y grandeza; todo es en ellos calma, tranquilidad y reposo: allí la concupiscencia pierde sus aguijones, la carne vencida permanece sujeta al espíritu; allí las pasiones no tienen impetuosidad; allí, para decirlo de una vez, no tiene acceso el pecado.

En efecto, qué se nos ha querido decir al anunciarnos que sus muros están contruidos con piedras preciosas, sus puertas formadas con perlas escogidas, su pavimento de oro purísimo, sus artonados de oloroso ciprés y todo el maderamen de cedro incorruptible?

¿Qué se nos ha querido decir, repito, con semejante descripción, si no es que en vuestros tabernáculos no habrá jamás ni corrupción ni mácula?

¡Cuán bellos son, pues, vuestros tabernáculos, ¡oh Virgen Augusta! y cuán apetecibles! En ellos quiero yo habitar hasta mi último suspiro, en ellos descansaré en el seno de la paz. Allí os manifestais satisfecha y radiante de toda la gloria de vuestro Hijo, allí os sentais á su mesa espléndida como Reina y Señora, en medio de vuestros hijos dóciles, que colocados al rededor como un plantío de olivos tiernos, la hacen mas hermosa y mas alegre. En cuanto á mí, yo me estaré parado, semejante al pobre perro, esperando, á lo menos, algunas migajas. (1)

Ya que soy indigno de recoger la miel que destila de vuestros lábios y de recibir la leche que brota de vuestra

[1] Saturare gloria Filii tui; tu jam ad mensam, Domina, non sub mensa catelli. [S. Bern.] Filii tui sicut novellæ ollivarum in circuitu mensæ tuæ. [Ps. CXXVII, 3.]

Hablad, pues, Augusta Reina; vuestro siervo os escu-

lengua, [1] reanimaré, á lo menos, mis fuerzas y mis alegrías, con el olor vivificante de vuestros vestidos. (2)

Así es como secundando el deseo que expresais en los Sagrados Cánticos, evitaré turbar la calma y el reposo de vuestro Muy Amado, hasta el dia feliz en que, pasando á una nueva vida, vea desvanecerse para siempre las sombras del error y de la ignorancia. (3)

¡Cuán deliciosa es esta mansion: es aquel jardin cerrado que riega la inagotable fuente de la gracia, de la que vuestro Muy Amado solo tiene la llave y que embellecen flores y plantas ricas de todas las virtudes. [4] Nunca el aquilon frio y devastador del pecado sopla en ese venturoso asilo. Al rededor murmulla el viento saludable y ligero del medio dia, y su dulce aliento, calentando el espíritu y el corazon de sus afortunados habitantes, hace exhalar de ellos con abundancia los suaves perfumes del fervor y de la virtud. [5]

Introducido yo, gracias á vuestra misericordia, en este Santuario de caridad, llevado á él de cierta manera casi á fuerza por vuestra mano dulce y poderosa, no puedo, no sé, no quiero hacer otra cosa sino publicar hasta mi último suspiro los inmensos favores de que me habeis colmado, ¡oh Vos, Hija predilecta de la gracia! la sola llena siempre de gracia, porque con Vos estuvo siempre el Autor mismo de la gracia.

Ahora comprendo con cuánta razon os podeis gloriar de haber estado poseida de él sin interrupcion, desde el principio de sus soberanos designios. [6] ¿Pero de qué principio quereis hablar?

[1] Favus distillans labia tua; mel et lac sub lingua tua. [Cant. IV, 11.]

[2] Odor vestimentorum, sicut odor thuris. (Ibid.)

[3] Adjuro vos, ne suscitatis, neque evigilare faciatis dilectum, donec aspiret dies et fugiant umbræ. [Cant. 11, 7.]

[4] Hortus conclusus soror mea; hortus conclusus, fons signatus. [Cant. IV, 12.]

[5] Surge, aquilo; veni, auster, et perfa hortum meum, te fluant aromata illius. (Id *ibid*, 16.)

[6] Possedit me ab initio viarum suarum. (Prov. VIII, 22.)

Principio de que no se encuentra origen en el tiempo; principio al que no se puede designar ningun principio; principio cuyo principio se pierde en los insondables abismos de la eternidad de ese Dios mismo, que no ha tenido principio ni tendrá fin; principio del que está escrito: Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios.

Desde ese principio, pues, que no está circunscrito por el tiempo ni determinado por ningun origen, fuisteis, Augusta Reina, colocada á la cabeza de los designios del Señor, y de qué designios? de esos designios de compasion y de clemencia que en las entrañas de su misericordia tenia preparados, á fin de enviar á su pueblo infortunado, sentado en las sombras de la muerte, la ciencia de la salud y la remision de los pecados.

Pero aquí, ¡oh Reina mia! permitidme exponeros respetuosamente mis dudas. Si fuisteis siempre llena de gracia, y lo fuisteis así porque el Autor de la gracia os poseyó desde antes del nacimiento de los siglos, ¿cómo el arcángel Gabriel pudo afirmar y deciros que habiais encontrado la gracia? (1)

Para encontrar una cosa, dice vuestro piadoso San Bernardo, es preciso, ó haberla perdido, ó que no se la haya poseido siempre. Y si Vos no habeis perdido la gracia jamas, ni habeis estado privada nunca de ella, cómo es que la habeis encontrado? ¿En lugar de exaltarlas, habrá querido Gabriel disminuir vuestras grandezas? ¿Podria haber contradiccion en los sentimientos y las palabras, cuando es uno solo y mismo Espíritu el que dicta las palabras é inspira los sentimientos?

Hablad, Augusta Reina, os ruego que expliqueis al mas miserable de vuestros siervos, la verdad que ocultan estas palabras de la Verdad misma. Mi razon se confunde por la sublimidad del misterio, pero no duda de la verdad del oráculo. Estoy cierto de que habeis encontrado la gracia y lo estoy igualmente de que habeis estado siempre llena de gracia.

[1] Ave, gratia plena..., ne timeas, María, invenisti gratiam. [Luc. I, 30.]

Hablad, pues, Augusta Reina; vuestro siervo os escucha. Abrid el océano de vuestra luz á mis ojos enfermos y débiles, desacostumbrados á mirar tan alto. ¡Ah! ya comprendo. Es verdad que estuvisteis siempre llena de gracia, y tambien es verdad que la habeis encontrado, porque la que habeis encontrado es muy diferente de la que habeis poseido siempre. Esta fué una gracia de un orden superior á todas aquellas que Dios dispensó nunca á los ángeles y á los hombres, pues que estaba destinada á hacerlos concebir y dar á luz, permaneciendo siempre vírgen, al Verbo eterno del Padre. Tal es la gracia singular de que fuisteis llena en el seno mismo de la eternidad.

Porque, lo mismo que antes del origen de los siglos, la encarnacion del Verbo fué resuelta, fuisteis tambien desde entonces predestinada para ser la Madre del Verbo hecho carne. Hé aquí por qué en los Santos Cánticos sois con tanta frecuencia llamada con el nombre de hermana, porque habeis nacido con él, y para decirlo así, de un solo alumbramiento en el pensamiento divino.

Tal es la gracia de que fuisteis prevenida y poseida aun antes de la creacion de la luz. Esta fué vuestra gracia propia, incomunicable á toda otra criatura; gracia que os hizo merecedora de ser la Madre de Aquel que la verdad siempre fecunda del Padre engendró en el esplendor de los Santos.

En cuanto á la gracia que habeis encontrado, fué grande, sin duda, pero muy inferior á la primera. Participais de ella con los ángeles y los hombres. Estos la perdieron, y la perdieron miserablemente. Por lo que hace á Vos, la habeis encontrado, no para guardarla ávidamente, pues no teneis esa necesidad, siendo tan rica de aquella otra gracia, que os aproxima tan cerca de la Divinidad. (1) La habeis encontrado para levantar las ruinas de la celeste Sion, para derramarla de nuevo sobre nuestro primero y desgraciadísimo padre, así como sobre todos sus infortunados hijos. Que ocurran, pues, á Vos, los pecado-

(1) Finis divinitatis propinquius attingit. [S. Thom.]

res, los miserables, los desgraciados, y que os digan con aquella confianza que les inspira el piadoso San Bernardo: Dadnos, ¡oh Reina excelsa! dadnos nuestro haber: dadnos lo que perdimos, de una manera tan miserable, y que Vos habeis hallado tan felizmente. [1]

Bendita seais, Virgen Augusta, por todos los siglos, de que habeis sido la Reparadora. Bendita seais, ¡oh Vos llena de gracia! ¡oh Vos que habeis felizmente encontrado la gracia! bendita seais entre todas las mujeres, por haber sido sola entre todas ellas, preservada de la comun maldicion y destinada á reparar la falta de otra mujer, madre de la muerte, como Vos lo sois de la vida.

Si el origen de nuestros males fué un *Eva*, el origen de nuestra felicidad fué un *Ave*, salido por la primera vez de la boca de un ángel, honrado en otro tiempo por los hombres, y mas tarde honrando él mismo á una mujer. Así, la misma palabra que nos trajo la maldicion, sirvió en un órden inverso, para traernos la bendicion: esa palabra por la cual fué escrito el decreto de muerte, por una dichosa inversion ha producido la sentencia de vida.

¡Oh Reina y Madre mia! séaos agradable purificar mis lábios, no ya con un carbon del tabernáculo, sino con un globo entero de fuego, para que os dirija en el nombre del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, de los siglos y de la eternidad, el mismo cántico de bendicion y de alabanzas que el pueblo de Bethulia dirigió en otro tiempo á la triunfante Judith.

¡Oh Vos, gloria de la celestial Jerusalem, abierta de nuevo á nuestros primeros padres y á su desgraciada posteridad! ¡Oh, Vos, alegría de Israel, libre ya del pesado yugo de la servidumbre, y llamado á las delicias de la verdadera tierra prometida! ¡Oh Vos, honor del pueblo fiel, antes cubierto del oprobio de sus abuelos y ya vuelto por Vos á la gloria de su sublime destino! (2)

Admitidme á la participacion de esa gracia que habeis

(1) Redde nobis rem nostram.

(2) Tu, gloria Jerusalem; tu lætitia Israel; tu honorificentia populi nostri. [Judith XV, 10.]

encontrado; apagad mi sed en esa agua viva, que se os ha concedido sacar con abundancia del pozo inagotable del verdadero Jacob, para que mi sed de bienes terrenales se extinga para siempre. Sin vuestro socorro, esas aguas saludables no estarian á mi alcance, porque ese pozo es muy profundo. [1] Libradme, en fin, de este cuerpo de muerte, para que os alabe y os bendiga en el tiempo y en la eternidad. [2]



(1) Et puteus altus est.... Domine, da mihi hanc aquam ut non sitiam. (Joan. IV, II.)

(2) Quis me liberabit de corpore mortis hujus? (Rom. VII, 24.)

LAS DULZURAS DE LA GRACIA.

¡Cuán bella sois, oh Reina mia amabilísima, cuán bella sois! Vuestros ojos son los de la paloma, (1) á causa de la pureza de vuestro corazón, de la inocencia de vuestros afectos, de la sencillez de vuestros pensamientos y la perfecta santidad de vuestra vida. Por eso dijo vuestro Hijo divino que el ojo es la lámpara y guía de todas vuestras acciones; castas y santas si nuestros ojos, es decir, los ojos de nuestra fé y de nuestra caridad, son sanos y puros. [2]

Y si los ojos de la paloma son bastante hermosos para representar los vuestros, vuestros ojos á su turno son más bellos todavía; porque Vos sois la bella Paloma encerrada en la abertura de la piedra, en la hendedura de la muralla, siempre concentrada, siempre abismada en la contemplación de las bondades inefables y de las humillaciones del Hombre Dios, única y verdadera piedra angular del edificio de nuestra salvación, que en las amables cavidades de sus llagas ofrece á las almas puras la paz y la ventura. (3)

Son hermosos vuestros ojos porque sois aquella dulce y benéfica Paloma, enviada por el divino Noé después del diluvio de males que había sumergido al género humano, para llevar la pacífica oliva de la reconciliación. Tan bellos son que vuestro Bien Amado mismo, arrebatado de su hermosura, os hizo decir, en un acceso de su amor in-

(1) *Quam pulchra es, amica mea! quam pulchra es! oculi tui columbarum.* (Cant. I, 14.)

(2) *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit; si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit.* (Math. VI, 22.)

(3) *Columba mea in foraminibus petrae, in caverna macerae.*— (Cant. XVII, 14.)

finito, los volviérais á otra parte, porque le habían hecho una impresión tan poderosa, que del seno siempre fecundo de su divino Padre lo habían atraído hácia el vuestro. (1)

Pero, sobre todo, son hermosos vuestros ojos porque se asemejan á las fuentes de Hesebon, situadas, no en un lugar estrecho, reservado y solitario, sino en el lugar más abierto y accesible al concurso del pueblo. (2)

De esas fuentes límpidas y siempre llenas haceis manar incesantemente las aguas de la devoción y de la misericordia, sobre todos nosotros, pobres, enfermos y miserables hijos de Adán; aguas saludables que tienen la propiedad sobrenatural de apagar para siempre la sed del que las bebe y de comunicarle la vida de la eternidad. [3]

Vuestra cabeza es como el Carmelo, (4) aquella montaña tan deliciosa y rica en toda clase de bienes, que Dios mismo halló más detestable la ingratitud de su pueblo por haber olvidado el favor singular de tenerla en posesión. Así decía por boca de su Profeta: Os he hecho dueños de la tierra del Carmelo para que comais sus frutos y obtengais sus deliciosas producciones. (5)

Vuestra cabeza se asemeja al Carmelo, en el sentido de que vuestros pensamientos y proyectos se dirigen constantemente hácia el lado de nuestras necesidades y miserias, fecundos siempre en los medios de socorrernos, ya para impedirnos caer, ya para levantarnos después de la caída; para fortificar nuestra debilidad, animar nuestra pusilanimidad, curar nuestras enfermedades, y aún, si hemos muerto á la gracia, para llamarnos á una nueva vida.

(1) *Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt.*— (Cant. VI, 4.) (*Un Padre de la Iglesia explica así estas palabras: Unde avolare? nimirum de sinu Patris in sinum Matris.*)

(2) *Oculi tui sicut piscinae in Hesebon, quae sunt in porta filiae multitudinis.* (Cant. VII, 4.)

(3) *Omnis qui bibit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum... sed... fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternum.* (Joan. IV, 14.)

(4) *Caput tuum sicut Carmelus.* (Cant. VII, 5.)

(5) *Et induxi vos in terram Carmeli, ut comedatis fructum ejus, et optima illius. et ingressi contaminasti terram meam.* (Jerem. XI, 7.)

¿Y vuestros cabellos? ¡Cuán hermosos deben ser vuestros cabellos, pues que bastó uno solo para herir el corazón de vuestro Esposo! (1) Símbolo y figura patente de vuestra humildad tan justamente comparada al cabello. Así como no hay nada más débil ni más delgado que un cabello, (2) no se podía imaginar una humildad más profunda y más perfecta que la vuestra, cópia fiel de la de vuestro divino Hijo.

El se abatió hasta el anonadamiento de sí mismo, revistiendo la forma de esclavo siendo Dios; y Vos, descendisteis hasta el anonadamiento de Vos misma, declarándoos su humilde sierva, cuando erais su Madre. Vuestro amadísimo S. Bernardo afirma con razón, que si tuvisteis tantos atractivos para el celeste Esposo porque erais Virgen, no fuisteis digna de concebir al Verbo encarnado sino porque erais humilde. (3)

Vuestras mejillas se parecen á la granada. (4) Su tierno color figura el pudor virginal de que fuisteis el modelo y la madre. La estrecha union de sus granos representa la templanza que inspirais y que nos une estrechamente á nuestro divino Gefe, sin dejarnos correr hácia las criaturas. Las ingeniosas separaciones que los dividen, nos muestran vuestras atenciones y cuidados para toda clase de personas; porque Vos acogeis con la misma dulcedumbre y ternura á los sábios y á los ignorantes, á los ricos y á los pobres, á los grandes y á los pequeños, á los justos y á los pecadores.

En fin, la prodigiosa multitud de sus granos, encerrados y ocultos bajo una ligera corteza, revela las innumerables virtudes que embellecen vuestra grande alma; (5) virtudes tan grandes y tan numerosas, que vuestro Bien Amado mismo, impotente por decirlo así para enumerarlas en el

(1) Vulnerasti cor meum, sponsa: vulnerasti cor meum in uno crine colli tui. [Cant. IV, 9.]

(2) Quid uno crini gracilius? (Rich. de S. Laur.)

(3) Quæ si ex virginitate placuit, tamen ex humilitate concepit.

(4) Sicut fragmen mali punici, ita genæ tuæ, absque eo, quod intrinsecus latet. (Cant. IV, 3.)

(5) Todas estas explicaciones son de los Padres de la Iglesia.

hermoso retrato que de Vos hizo un día, se apresura frecuentemente y en abreviado nos dice, que en las bellezas exteriores de que hace el elogio, no están de ningún modo comprendidos los atractivos interiores que os hacen á sus ojos mas bella y más querida. (1)

Tal vez por esto y queriendo corresponderle y celebrar sus alabanzas con motivo de las gracias inmensas de que os habia colmado, os hallasteis incapaz de comprender todo el número y la estension de ellas, y en compendio nos decis que el Todopoderoso ha hecho en vos y para vos cosas grandes y maravillosas; (2) y que ha desplegado para hacerlas toda la fuerza de su brazo, mientras que el cielo y la tierra y los abismos son solo la obra de sus dedos. (3)

Vuestros lábios son como un liston de púrpura. Símbolo de la sangre del Cordero sin mancha, este color comunica á vuestros lábios el poder de detener los golpes de la divina justicia y de apagar los rayos de su cólera. (4) Este signo fué, imperfectamente representado por la sangre del Cordero figurativo, el que contuvo en otro tiempo la espada homicida del ángel exterminador, y á este signo tambien en la destruccion de Jericó debió su salvacion la familia de Rahab; exceptuada del comun castigo, porque se vió flotar en su ventana aquel liston triunfal.

Pero vuestros lábios son ademas como un cordon de púrpura, porque animados por esa caridad ardiente que figura el color de la púrpura, son cordones y lazos todopoderosos para cautivar y para atraer los corazones mas duros y mas ingratos.

Sin embargo, vuestros labios, ¡oh la mas bella y perfecta Obra de las manos del Criador! vuestros lábios no son bellos sino á medias cuando los teneis cerrados. Su hermosura no aparece toda entera sino cuando se abren pa-

(1) Absque eo, quod intrinsecus latet. (Cant. IV, 1.)

(2) Fecit mihi magna qui potens est. Fecit potentiam in brachio suo. (Luc. I, 51.)

(3) Et opera digitorum tuorum sunt cæli. (Ps. VIII, 4.)

(4) Sicut vitta coccinea labia tua. (Cant. IV, 5.)

ra hablar. Por eso vuestro Bien Amado describiendo sus encantos, no se limita á decir que son rojos como la púrpura, sino que añade inmediatamente que vuestra palabra es dulce y suave. [1] Quiere decir que este color tan agradable á sus ojos brilla con todo su esplendor en cuanto habláis, y que vuestra voz no le es tan querida sino porque sale de esos lábios purpúreos.

Hablad, pues, augusta Vírgen, hablad á mi corazón para que enagenado y suspenso por tan dulce armonía, esté cerrado para siempre á toda otra voz estraña. Hablad también por mí á vuestro divino Hijo; vuestra palabra le será siempre agradable, y el gozo que le causareis lo hará para mí propicio.

Cuán bella sois ¡castísima esposa del mas casto de todos los Esposos! cuán bella sois; vuestro cuello es semejante á la torre de David, fortificada por todas partes y protegida de broqueles impenetrables (2) Así como el cuello está hecho para unir los miembros á la cabeza y para transmitirles los espíritus vitales que de esta emanan; destinada vos á unirnos en calidad de miembros á nuestro Augusto Gefe y á comunicarnos su espíritu, sois como el cuello de este cuerpo místico.

Sois también como una torre fortificada, inexpugnable, viva, que dominando todas sus partes, vela de día y de noche en su defensa: torre provista de todas las armas de los valientes, para darlas á los que carecen de ellas, revisiéndolos del invencible escudo de la fé, de la impenetrable coraza de la caridad y del casco brillante de la esperanza; torre del marfil mas puro sin nudos y sin manchas; torre del Líbano que mira siempre en contra de Damasco, esta capital del rey de Siria, que en todos tiempos fué el enemigo irreconciliable de vuestro pueblo escogido; torre siempre presta á defender á los miembros místicos del Salvador, continuamente atacados por el implacable prin-

(1) Et eloquium tuum dulce. (Cant. IV, 5.)

(2) Sicut turris David collum tuum, quæ ædificata est cum propugnaculis; mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium. (Cant. IV, 4.)

cipe de las tinieblas y por sus satélites visibles é invisibles, mas crueles y mas perversos que él (1.)

No solo protegeis á estos miembros queridos, como una torre inexpugnable, sino que sois además vos sola como un ejército entero formado en batalla, siempre lista á desplegar vuestras fuerzas formidables, á combatir y á triunfar por nosotros [2].

¡Qué nuevo y gracioso espectáculo me presentan vuestras manos! ellas son como un torno. (3) Este es el rasgo que las designa en los Cánticos sagrados, y ¡qué misterio tan consolador encierra! Facilidad, prontitud, viveza, hermosura, he aquí lo que distingue el arte y el trabajo del tornero.

Ninguna comparación mas propia para explicarnos la facilidad, la rapidez, la prontitud de vuestras manos para dispensarnos sin cesar favores y socorros de todo género, así como para colmarnos de las riquezas de que vuestro Hijo os ha hecho, sin restricción y sin reserva, la señora y el árbitro.

Hechas á torno, vuestras manos son de oro macizo, símbolo el mas expresivo de la caridad que las conduce. Los jacintos de que están llenas figuran las gracias que derraman sobre nosotros. (4)

¿Y qué diré de vuestro seno, de ese templo vivo de la Divinidad; de ese trono de misericordia y de gracia; de ese santuario vivo en el cual fué formada la indecible unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, en el cual fué sellado el gran testamento de reconciliación entre Dios y el hombre?

Es como un monton de trigo acumulado (5) Bien diferente, en efecto, de la antigua Rebeca, en cuya gloria está escrito que encerraba dos pueblos en su seno, [6] vos

(1) Collum tuum sicut turris eburnea . . . sicut turris Libani, quæ respicit contra Damascum. (Cant. I, 9.)

(2) Terribilis sicut castrorum acies ordinata. (Cant. VI, 3.)

(3) Et manus illius tornatiles. (Ibid V, 14.)

(4) Manus illius tornatiles aureæ plenæ hyacinthis (Ibid.)

(5) Venter tuus sicut acervus tritici. [Cant. VII, 2.]

[6] Duæ gentes in utero tuo. [Gen. XXV, 23.]

llevais en el vuestro no dos pueblos solamente, sino la inmensa multitud de los escogidos, marcados desde ántes del origen de los siglos, con el gran sello de la predestinacion.

Vos sois tambien la amable aurora, mensagera afortunada del nuevo dia. (1) De vuestro seno se levanta sobre nuestro horizonte el sol verdadero, deseado tantos siglos antes por los patriarcas, anunciado por los profetas y esperado por todos los justos de la antigua alianza.

Sois bella como la luna (2); porque fuisteis creada para alumbrar la noche profunda que envolvía al género humano, y para dirigir en las vias de salvacion á los pecadores que caminan bamboleando en las sombras del vicio y del error.

Sois ademas como la luna, porque así como este astro es la mas perfecta imágen del sol, sois vos la imágen mas parecida del Sol eterno que no conoce ni levante ni ocaso. En fin, os parecéis á la luna en que así como este astro concurre con el sol á todas las producciones del reino vegetal en la naturaleza, así Vos cooperáis á la salvacion de todos con el Salvador universal del género humano.

Admirable comparacion á la que no quitan nada de su belleza ni las palabras de San Juan que nos pinta á este astro como abatido, degradado y hollado por vuestros piés, ni las del Sábío, que lo compara al insensato. San Agustin nos revela el misterio. La luna no es el mas bello de todos los astros, sino cuando manda á la noche y ordena sus sombras.

Y bien, desde el primer instante de vuestra concepcion hasta el de la encarnacion y el del nacimiento del Hombre Dios, vos representasteis á la luna enviando á la tierra los rayos refringidos del sol, pero en el dia afortunado de vuestra exaltacion, fuisteis toda investida del eterno Sol, y pusisteis la luna bajo vuestros piés, haciendo desaparecer las sombras, y las figuras, y las ceremonias, y los ritos, y los símbolos.

[1] Quasi aurora consurgens. (Cant. VI, 9.)

[2] Pulchra ut luna (Cant. VI, 9.)

Por eso el Sábío refiriendo á este feliz suceso la promesa dirigida á nuestros primeros padres, de aquella mujer que debia aplastar con su pié la cabeza de la serpiente enemiga, del ángel caido de su sabiduría original y vuelto loco y príncipe de toda locura, lo compara justamente á la luna, á causa de sus variaciones y de sus transformaciones insidiosas. Esta luna es la que habeis hollado, y la que continuáis hollando á vuestras plantas!

Sois, en fin, escogida como el sol [1]; así como el verdadero sol fué vuestro Bien Amado, escogido entre mil (2), así Vos fuisteis la única escogida, la sola bendita entre todas las mujeres (3) ¿Qué puedo agregar? Baste decir que toda sois bella, sin tacha ni mancilla; que Vos sola sois tan bella como toda la celestial Jerusalem, tan bella como el Paraiso entero. [4.]

En efecto, las gracias, las virtudes, las bellezas de los querubines y de los serafines, de los apóstoles y de los doctores, de los confesores y de los mártires, de los inocentes y de las vírgenes, todo, en fin, está reunido y junto en vos sola. Por eso el esposo de los Cánticos compara con toda justicia, vuestras solas bellezas á todas las bellezas de la Jerusalem celeste. ¡Volveos, pues, oh hermosa Sulamita, volveos hácia la tierra, á fin de que aquí abajo podamos contemplar vuestra hermosura! (5)

(1) Electa ut sol. (Cant. IX, 6.)

(2) Dilectus meus electus ex millibus (Ibid. V, 10.)

(3) Benedicta in inter mulieres. (Luc. I, 42.)

(4) Pulchra es, amica mea, suavis et decora, sicut Jerusalem. (Cant. VI, 3.)

(5) Revertere, revertere, Sulamitis, revertere ut inteamur te. (Cant. VI, 12.)